

# Redes comunicacionales de la agricultura urbana en Medellín

## Introducción

En este capítulo se da cuenta de los principales hallazgos y reflexiones de la investigación “Prácticas comunicativas de la agricultura urbana en Medellín: tejido social, territorio y saberes”,<sup>1</sup> que hemos expuesto anteriormente en videos, *podcasts* y documentos de apropiación social del conocimiento, material que puede ser consultado en las páginas de la Red de Huerteros de Medellín (RHM) y de la Universidad Popular Ambiental (UPA).

De acuerdo con el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, la población urbana mundial ha venido creciendo de manera acelerada desde hace un siglo y se cree que para el 2030 aproximadamente dos tercios de la población vivirá en las ciudades. En el último siglo la proporción de habitantes urbanos aumentó del 15 %

---

<sup>1</sup> Esta investigación fue financiada por la convocatoria programática CODI de 2016. Proyecto 2016-12689. Nace como una iniciativa de la Red de Huerteros Medellín (RHM) en asocio con la Universidad de Antioquia, la Universidad Autónoma de Occidente de Cali y la Universidad Javeriana de Bogotá, además del apoyo de la Red de Casas de la Cultura, teatros, UVA y laboratorios de producción sonora (Red CATUL) de la Secretaría de Cultura de Medellín.

■  
Paula Andrea

Restrepo Hoyos

Grupo de investigación Comunicación, Periodismo y Sociedad. Facultad de Comunicaciones y Filología. Universidad de Antioquia Red de Huerteros Medellín. paula.restrepo@udea.edu.co

Cristina Sandoval

Red de Huerteros Medellín.  
c.sandovalarango@gmail.com

al 50%. Esto no significa que la urbanización sea el destino inevitable de la humanidad ni tampoco el más deseable, sino que por razones históricas y complejas relaciones de poder, la urbanización viene imponiéndose como modelo de civilidad a la vez que otros estilos de vida siguen siendo desacreditados (Leff, 2001). En consecuencia, las ciudades son cada vez más grandes, lo que implica serios problemas ambientales. Esto ha hecho pensar que la agricultura urbana (AU) podría contribuir a paliar el impacto ecológico de la urbanización y satisfacer parte de las necesidades alimenticias, reduciendo al mismo tiempo el gasto energético y, en consecuencia, el impacto medioambiental de la sobrepoblación (Altieri y Toledo, 2011).

La AU es una actividad que busca aprovechar los espacios de las ciudades con diferentes fines mediados por actividades agrícolas y pecuarias. Sin embargo, esta no solo tiene la finalidad de producir alimento, pues además genera espacios de reflexión política y ecopolítica, aprendizaje, articulación social y momentos de ocio. En el ámbito de América Latina la AU se ha desarrollado desde al menos tres enfoques. El más conocido es enmarcado por el caso de Cuba, donde las autoridades estatales han visto en esta práctica una opción económica de autoabastecimiento, por lo que estas iniciativas provienen del Estado central mediante la instauración de proyectos o políticas públicas que buscan impactar nacionalmente, y que logran enfrentar tanto el hambre como los problemas ambientales. Otro modelo está presente en ciudades como Bogotá, Caracas o Buenos Aires, donde diferentes políticas de las administraciones locales gestionan proyectos tendientes a paliar los problemas de la pobreza. Un tercer enfoque es el de las comunidades de base que, sin políticas públicas claras o ignorando cualquier voluntad gubernamental, buscan emprender actividades agrícolas o agropecuarias, ya sea en ámbitos domésticos o públicos, orientadas muchas veces en la productividad, pero también en la posibilidad de crear nuevos espacios de socialización, gestión de conflictos o de aprendizaje.

Colombia es un escenario de conflicto, desplazamiento interno del campo a las ciudades y planes de ordenamiento territorial que ponen en crisis

los usos de la tierra en las áreas rurales y urbanas. Por ello es necesario, tanto en este país como en otras partes del mundo, entender la agricultura urbana como una alternativa para enfrentar el Antropoceno —la edad de la tierra en la que las acciones humanas alcanzan dimensiones geológicas y ecosistémicas— con comunidades de aprendizaje (Bendta, Barthel y Coldinga, 2013) y producción local (Altieri y Toledo, 2011).

### **Reflexión metodológica**

Con esta investigación emprendimos un proceso de comprensión y reflexión sobre las dinámicas de la AU en Medellín, usando herramientas de la investigación académica. En 2017, a cuatro años de las primeras acciones de la RHM, vimos necesario entender qué había sucedido hasta el momento en la red de agricultura urbana que se venía gestando desde hacía varios años en Medellín y sus alrededores, por lo que nos propusimos realizar una investigación exploratoria que nos permitiera tener un mapa de la agricultura urbana en Medellín y nos posibilitara tomar decisiones sobre nuestras siguientes acciones. Nuestro objetivo era comprender las prácticas comunicativas que se articulan en las interacciones entre los diversos huerteros y huerteras de la ciudad de Medellín.

Para recoger la información aplicamos un instrumento mixto de 65 preguntas en 86 huertas. Este proceso investigativo nos permitió comprender empíricamente la parcialidad de los resultados obtenidos en la investigación activista. Aunque aplicamos un instrumento cuanti-cualitativo, realizamos el dimensionamiento de la muestra con la técnica de la bola de nieve y la saturación teórica; estos instrumentos evidentemente no tienen pretensiones estadísticas, por lo que nuestros resultados, si bien nos posibilitaron entender estadísticamente lo que sucede alrededor de la agricultura urbana en Medellín relacionada con la RHM, no nos permiten llegar a conclusiones sobre esta práctica en general en la ciudad.

De las entrevistas obtuvimos tres tipos de resultados: cuantitativos, cualitativos y de georreferenciación. Los datos cuantitativos los procesamos con Excel, buscando dar interpretaciones cualitativas a los números. También procesamos algunos datos cualitativos mediante esta herramienta

y los cuantificamos, lo cual nos permitió obtener una perspectiva distinta a la del análisis cualitativo. Los datos cualitativos fueron procesados con Atlas.ti a través del uso de categorías de análisis y síntesis que nos dieron un panorama global de las historias que nos contaron las huerteras y los huerteros de Medellín. Por último, los datos de georreferenciación fueron procesados en dos mapas —que pueden ser consultados en la página de la UPA— que nos permitieron, además, articular la información geográfica con la información cualitativa y cuantitativa en una herramienta que sirve de estrategia de apropiación del conocimiento y como material de interpretación de posteriores estudios.

Hay una gran cantidad de huertas que no tuvimos en cuenta por tratarse de iniciativas que se sostenían gracias a las instituciones locales, no a las comunidades urbanas. Esas huertas suelen tener un perfil productivo que no se destacó especialmente en nuestras indagaciones. Las huertas en las que nos enfocamos surgen en su mayoría por la intención de transformar los contextos sociales de los barrios y por la generación de una conciencia medioambiental, y funcionan como espacios de encuentro y de aprendizaje más que como unidades productivas, aunque en ellas se cosechen alimentos para el autoconsumo y la comercialización. Hay zonas de la ciudad en donde la RHM tiene pocas o débiles relaciones, por lo que desconocemos si allí se practica la agricultura urbana y por ende no estamos conectados con ellas.

Partimos de los contactos que teníamos en un mapa de la agricultura urbana en Medellín que habíamos realizado e impulsando a través de nuestras plataformas digitales y en algunos eventos presenciales. Por esta razón, todos esos contactos tenían ya un grado de relación con nosotras como RHM; a esos contactos empezamos a pedirles que nos vincularan con agricultores cercanos. Lo que en principio se reveló como un problema metodológico de la investigación terminó siendo una fortaleza, ya que no nos interesaba reflexionar sobre la agricultura urbana de Medellín en general, sino sobre aquella que estaba cercana a nosotras como red, es decir, queríamos emprender un proceso de autoconocimiento. Esto también nos llevó a constatar, siguiendo a Casas, Osterweil y Powell (2013, p. 210), que los investigadores inevitablemente realizan análisis en nodos específicos y

sus resultados tienden a ser parciales y especialmente situados. Así se hace evidente que debemos abandonar cualquier pretensión de establecer narrativas o conclusiones universalizantes que involucren a todos los nodos o actores que convergen dinámicamente en la red, pero también nos pone ante la necesidad de entender en qué lugar de la red estamos situados.

A través de este proceso se fue revelando paulatinamente que los nodos de AU que estábamos explorando fundamentan sus prácticas más importantes en procesos de comunicación que articulan a los practicantes y tejen relaciones de intercambio de diversos bienes materiales, cognitivos y emocionales. De modo que entendimos que nuestro principal objetivo como movimiento de base debería ser el reforzamiento de los lazos y los canales de comunicación. Estos canales no se limitan a las redes sociales digitales, puesto que entendemos la comunicación como un sistema de prácticas sociales que permiten poner en circulación saberes, objetos y significados (Martín-Barbero, 1991).

Para Martín-Barbero (1991) las prácticas comunicativas deben trascender la lectura estructuralista y normativista de la construcción de lo social desde las instituciones. En tal sentido, estas prácticas constituyen nuevas identidades a partir de la diversidad y la polisemia, dotan de significación el accionar de forma tal que no se agote en el hacer sino que lleve a una reflexión y producción de nuevos sentidos, y transforman los modos de percepción, creando una nueva discursividad. Por lo anterior se entienden como las “diferentes maneras de hacer” de las bases sociales, mediadas por relaciones de poder que surgen en la cotidianidad; es decir, son las tácticas creativas y artesanales que los individuos realizan de acuerdo con sus intereses y deseos no definidos, pero influenciados por los sistemas donde se desarrollan (De Certeau, 1996, p. 9). Prácticas que nacen de las interacciones con otros agentes y que construyen saberes y discursos sobre el quehacer, donde la cotidianidad se entiende como un espacio de poder político.

La presente investigación implica entender la comunicación como proceso de escucha en el que el otro asume el protagonismo. Todos somos otros. Desde esta perspectiva es posible la creación de nuevos sentidos, saberes, subjetividades, relaciones y espacios, puesto que todos hacemos parte

de las mismas contingencias. Como afirman Maturana y Varela (2009), la comunicación se entiende como un proceso en el cual, gracias al “lenguaje”, se establecen lazos y significados sociales que afectan las acciones de los sujetos; es decir, prácticas comunicativas que constantemente generan información reflexionada y consciente, que a su vez modifican las interacciones, acciones y sentidos a partir de experiencias colectivas o sociales.

Al asumir la comunicación como interacciones dinámicas que se sitúan entre lo individual y lo colectivo, se acepta su poder de transformación en la medida en que se construyen sentidos que posibilitan la vida en común. Orozco (1998) ya lo anunciaba al criticar radicalmente la asimilación de la comunicación al hecho informativo y proponer, con base en la teoría de las mediaciones de Martín-Barbero (1998), el rescate de la comunicación desde el diálogo y la interlocución. Sujetos activos, que construyen colectivamente sentidos de mundo con base en el binomio acción-reflexión a partir de hacer posibles escenarios para tal diálogo. En este aspecto, las prácticas de agricultura urbana se vislumbran como uno de ellos.

## Hallazgos

### *La huerta como espacio de articulación*

Tanto nuestro trabajo de campo como la extensa exploración bibliográfica que hemos realizado nos han conducido a entender la AU como un complejo sistema en el que convergen prácticas y discursos relacionados con la siembra de alimentos; la gestión de residuos orgánicos; la reflexión y práctica del consumo responsable; la protección de la fauna urbana, los suelos, el aire, la biodiversidad; la defensa de las semillas libres, criollas y nativas; la conservación y rescate de saberes ancestrales; la apropiación de espacios urbanos; la articulación de tejido social, y finalmente la reflexión sobre la relación entre lo que comemos y la justicia social y ambiental.

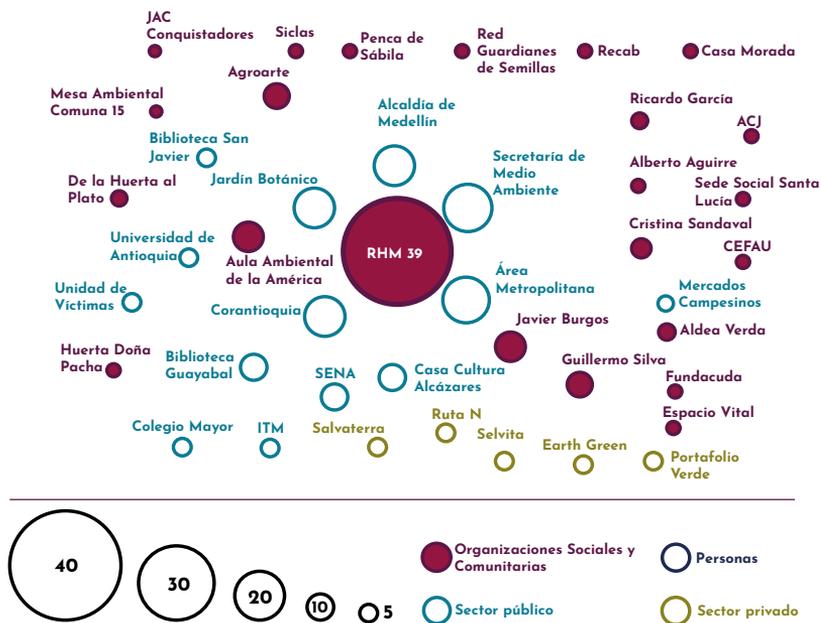
Tanto la capacidad de la AU para integrar el consumo y la producción de comida, el reforzamiento del tejido social, la conciencia medioambiental, la conciencia de la relación estrecha entre el campo y la ciudad como el compromiso cívico convierten el trabajo de los agricultores urbanos en un

proceso comunicacional donde convergen acciones de articulación social, aprendizaje colectivo y apropiación o reapropiación de espacios urbanos.

Esta investigación nos permitió comprender, sin pretender ser generalistas, que la AU en Medellín no es una actividad realizada por gente aislada, sino una serie de acciones y prácticas cognitivas en red de diversos actores individuales y colectivos, entre los que destaca la RHM como colectivo y algunos de sus miembros de manera individual, tal como podemos observar en la figura 1.

La mayoría de las huertas que estudiamos pertenecen al sector de la sociedad civil (61%), seguidas por las huertas del sector institucional (31%) y del privado (7%). En el relacionamiento se repite el mismo patrón: la mayor parte de las relaciones proviene del sector de la sociedad civil, seguido por el público, y en último lugar el privado. Si bien este es un proceso que tiene la mayor parte de su fuerza en la sociedad civil, el sector público desempeña un papel importante como aliado que, intuimos, funciona mucho mejor cuando no desempeña un papel protagónico y asistencial, sino uno residual y poco visible. Esto es posible, según hemos podido ver, cuando las personas que trabajan en el sector fungen como puentes que conectan las iniciativas sin que estas sacrifiquen su independencia, de modo que se ponga lo público al servicio de la gente y no al contrario. En términos zapatistas este principio es “mandar obedeciendo”.

**Figura 1.** Relaciones reportadas por las personas entrevistadas con actores individuales y colectivos en la ciudad. Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia

Desde hace más de setenta mil años la especie humana ha creado grupos, organizaciones y relaciones con otros individuos y colectividades para la sobrevivencia de la especie. Estos lazos se han hecho más complejos a través del tiempo, gracias al lenguaje simbólico y a nuestra capacidad para imaginar y realizar juntos escenarios que no existían. Las redes de cooperación nos permiten crear y transformar de manera colectiva; hacer esto sería imposible en un escenario comunicacional menos complejo. La investigación mostró que las relaciones de cooperación son un asunto fundamental entre quienes siembran en la ciudad de Medellín, aun si esta se ha configurado como una sociedad postindustrial y consumista, en la que parece primar el individualismo.

Entre las personas entrevistadas hay relaciones mediadas por la gestión comunicativa, el intercambio de conocimientos, de materiales y de trabajo

físico. Cada relacionamiento, entendido como un conjunto de interacciones entre dos actores, tiene un propósito que lo trasciende. Estas relaciones proporcionan herramientas y difunden información, saberes y motivaciones para la acción. Su relevancia en los distintos procesos nos lleva a preguntarnos si la prioridad del movimiento de agricultura urbana de Medellín consiste en fortalecer y mejorar la calidad de las interacciones entre los grupos de huerteros, y si, en consecuencia, el rol principal de la Red de Huerteros Medellín es promover y facilitar el relacionamiento cognitivo y motivacional entre las personas.

Convocar a la comunidad y hacer que la gente comprenda y se sienta parte de un proceso no solo medioambiental sino también comunitario, que se mantiene amalgamado a través de los afectos, es fundamental en este tipo de procesos en donde no hay una retribución económica, muchas veces ni siquiera una cosecha para usufructuar. El fruto de la labor resulta ser la mayoría de las veces el lazo social mismo, junto con las transformaciones subjetivas y las articulaciones vecinales. La huerta se convierte en muchas ocasiones en una forma de acercar a la gente, de generar tejido social, de fortalecer relaciones y comprender procesos complejos que la atraviesan, entre ellos el de ecopolítica. Algunas veces la huerta es el fin, pero a través de ella se establecen contactos significativos; en otras ocasiones la huerta es el medio para fines sociales y de generación de conciencia ambiental. Este último es el caso de la huerta de la Casa de la Cultura de los Alcázares, la cual “no tiene un propósito productivo sino de fortalecimiento de relaciones comunitarias; y estas personas hacen parte de eso: fortalecen las relaciones en ese intercambiar, en ese ejercicio de enseñanza/aprendizaje de lo que sabemos y podemos compartir” (Burgos, 2018).

Para algunos agricultores urbanos la huerta y sus preguntas concomitantes permiten establecer vínculos con personas que comparten intereses sobre agricultura, alimentación, soberanía alimentaria, así como con aquellos que conciben la agricultura urbana como una herramienta de reconstitución de los lazos sociales. No se trata solo de encontrar amigos, sino también de que esos amigos compartan ideas de transformación de lo social para fortalecer lo ambiental. Lo social en muchos de estos casos se vincula

con la idea de ser una comunidad crítica de aprendizaje, con el trasfondo de las preocupaciones ambientales y políticas por la ciudad, el país y el mundo.

### *La huerta como espacio multifuncional*

Antes de comenzar esta investigación ya intuíamos que las huertas en Medellín eran vehículos de otros saberes y experiencias, y lugares donde se realizaban actividades diferentes a la siembra. Esta confluencia permite desarrollar diferentes habilidades o reconocer distintos intereses y saberes entre quienes participan en el espacio, y ayuda a la consolidación de los procesos comunitarios. Hay quienes pueden no estar interesados en la siembra, pero aportan insumos, toman fotografías o dan visibilidad a la iniciativa, poniéndola en contacto con otras personas. Estas múltiples formas de participar favorecen la apropiación. Las huertas pueden ser espacios de esparcimiento y socialización, lugares que permiten nuevas lecturas del mundo.

En la mayoría de las entrevistas es clara una conciencia de que las plantas sembradas en la huerta no sirven únicamente para la alimentación humana, sino que también cumplen funciones ecológicas como la purificación del aire y el fortalecimiento de la biodiversidad, y pueden jugar un papel político-social en relación con el territorio que ocupan.

Otro aspecto relevante es el reconocimiento del potencial que tienen las huertas como dispositivos de aprendizaje en espacios comunitarios, colegios, escuelas y universidades. En los colegios donde hay huertas se vinculan varias asignaturas que pueden no tener relación directa con la siembra (arte, ciencias, matemáticas, lenguaje), lo que brinda una posibilidad para generar procesos alternativos al modelo educativo tradicional. En la Universidad de Antioquia hay un proyecto que articula el rescate de los saberes ancestrales, las lenguas indígenas y la protección de la Madre Tierra. Gracias a la relación con la tierra y las plantas se pueden entender los procesos de producción de alimentos, como explica Rodolfo Montes (2019) cuando habla de las motivaciones para hacer su huerta familiar:

Yo siempre he querido que mis hijos sepan de dónde viene la comida, de dónde viene lo que nos comemos, que sepan lo

que le toca a un campesino. Sin embargo, acá en la huerta casera no es un trabajo tan arduo como el de un campesino.

Otros casos hablan de la huerta como un lugar que permite crear experiencias piloto para investigar, por ejemplo, distintas maneras de generar y transmitir el conocimiento o de producir un impacto en el contexto social, o en donde la huerta es un espacio de experimentación que fomenta el sentido de observación y el pensamiento científico.

Uno de los aspectos que se menciona en varias de las entrevistas y que ha sido identificado con frecuencia en los estudios sobre AU (Milligan, Gattrell y Bingley, 2004; Armstrong, 2000) se refiere a los beneficios emocionales de la siembra. La motivación principal de algunas de las iniciativas entrevistadas es crear un espacio terapéutico. En estos casos la huerta es un lugar para sobrellevar duelos, incluso en situaciones como el desplazamiento o la pérdida de un ser querido.

Un lugar importante en las reflexiones sobre los espacios de siembra lo ocupa la transformación física de los lugares como un instrumento de apropiación del territorio y una posibilidad de poner en práctica conceptos más amplios sobre el medio ambiente, entre ellos el fortalecimiento ecológico a través de la biodiversidad. Las huertas transforman el espacio, y una de las maneras en que lo hacen es a través de la siembra de especies diversas (agrobiodiversidad) y la atracción estratégica o involuntaria de vertebrados e invertebrados, generando entornos biodiversos. Pensar el espacio de la huerta como un microecosistema en el que puede haber un equilibrio entre seres vivos significa poner en cuestión la idea de las “plagas”, uno de los temas fundantes de la agricultura convencional.

Una idea frecuente entre quienes siembran en espacio público es que la huerta invita a las personas a usarlo para su esparcimiento en actividades diferentes a la siembra. El ejercicio de ocupar el suelo público con la siembra de plantas comestibles lo transforma de manera simbólica: la huerta es una señal de que alguien más decidió aprovechar ese espacio y lanza el mensaje de que todos podemos hacerlo. Es un mensaje que no todas las personas acogen de manera positiva, pero sin duda la huerta es un vehícu-

lo de apropiación que pone en cuestión la idea de que el uso del espacio público lo define y reglamenta exclusivamente la administración local. Esa resignificación del concepto de espacio público es evidente en algunas de las entrevistas que muestran cómo la huerta ha permitido convertir lugares de paso o zonas de conflicto en espacios compartidos. Un ejemplo de esto son las iniciativas que pensaron la huerta como estrategia de transformación del territorio. Como en Manga Libre, que nació para reemplazar un basurero informal:

Cuando nosotros empezamos la huerta fue por una necesidad real de cambiar el territorio que había ahí: por evitar que se pusiera la basura, por darle otra utilidad al espacio que no se estaba utilizando para beneficio de nadie [...] hay una conciencia de que una planta significa comida y no puede estar con la basura (Rodríguez, 2018).

En algunas entrevistas emerge la idea de que el trabajo en la huerta es visto como un instrumento para fortalecer prácticas ciudadanas. Se busca reforzar las relaciones entre personas e impulsar el pensamiento crítico frente a los alimentos, frente al modelo económico y político de ciudad y de país. Las huertas como espacio de socialización han sido también lugares para responder a ciertos mecanismos de violencia arraigados en la ciudad, lugares en donde surge la vida a pesar de la muerte. Existen en la ciudad grupos poblacionales relacionados directamente con la violencia que ha atravesado nuestro país y, que han hecho de la siembra un medio para reconstruir su rol en la sociedad; la población desplazada en Medellín es uno de ellos. En países como Colombia, donde el desplazamiento forzado es una realidad y hay gran migración de campesinos, la agricultura urbana se entiende también como una estrategia que permite la supervivencia de la identidad campesina en la ciudad (Cantor, 2010).

Hacerse cargo de una huerta como desplazados significa al mismo tiempo recordar y sanar. Las víctimas de desplazamiento que entrevistamos tienen un pasado campesino y cuentan que los terrenos para sembrar, recibidos en comodato por parte de diferentes programas del municipio,

requirieron inicialmente mucho trabajo. Se encontraban en una situación ambivalente: por un lado, se les daba la posibilidad de ayudarse con el sustento diario y de tener un lugar donde seguir practicando la siembra, y por otro, tenían que empezar de cero en un lugar que no les pertenecía, en suelos no aptos para la siembra. De acuerdo con uno de los miembros del Colectivo de Huerteros,

Es una historia que uno se pone a recordarla y le da tristeza porque uno no vivía esperando a que otro le diera un jornal, qué comer, dónde vivir. Uno llegar a un barranco de estos, enseñado a tierra productiva, y llegar a tratar de sacar de la tierra de aquí lo que no produce... (Ángel, 2019).

Una cuestión que genera inquietud es la impresión de que las víctimas quedan relegadas a territorios circunscritos y poco fértiles que terminarán convirtiéndose en terrenos aptos para el cultivo y que no les pertenecen. Mientras tanto, el resto de la ciudad es impermeable a la situación de violencia que han debido afrontar. En Agroarte afirman: “Estos territorios fueron cultivados por campesinos desplazados. Estos cultivos hablan de la familia, el pueblo, el sistema de siembra y subsistencia” (Botina, 2018). Pero ¿en qué medida la administración pública escucha lo que esos cultivos cuentan?

### *Conexiones y desconexiones de la agricultura urbana en Medellín*

Dos prácticas de siembra llamaron especialmente nuestra atención en la trama de conexiones que dibuja la AU en Medellín: la defensa de las semillas y la gestión de residuos orgánicos. El primero por ser uno de los nodos más desconectados y el segundo por ser uno de los más conectados. La desconexión de la defensa de semillas nos preocupó por su relevancia en las prácticas agroecológicas y la soberanía alimentaria.

Las semillas garantizan la producción gracias a la adaptación de las nuevas generaciones de plantas a las condiciones locales y a su mejoramiento a través de la selección artificial y otras prácticas milenarias que permiten mantener la seguridad alimentaria y agrícola de la humanidad. Estas prácticas agrícolas libres y milenarias están en peligro a raíz de la transformación

biotecnológica de las semillas, efectuada con el objetivo de sacar un usufructo de ellas, restringir su circulación y convertirlas en propiedad privada. Es por eso que, para Vandana Shiva (2007), “las semillas son el símbolo de la libertad en una época de manipulación y monopolio” (p. 56). La biotecnología genera herramientas para esa manipulación y las patentes generan herramientas para monopolizar un bien que de otro modo es libre por naturaleza (Shiva, 2007). El tema de las semillas es tan sensible que en muchos países su gestión por fuera de las reglas impuestas por industrias como Dupont, Syngenta y Bayer-Monsanto puede ser vista como ilegal.

A pesar de lo anterior, descubrimos que la mayoría de las personas entrevistadas no le da importancia a las semillas. Preocuparse por el tipo de semillas que se usa significa tener una mayor conciencia respecto al proceso de siembra. Escoger un cierto tipo de semillas en Colombia implica poner en cuestión un modelo que privilegia las semillas certificadas y, de momento, no limita el uso de semillas modificadas genéticamente o de variedades importadas que puedan afectar la producción local. Usar semillas libres en lugar de las comerciales que se encuentran en viveros, tiendas agrícolas o supermercados significa asumir una posición política frente al sistema productivo.

Los valores promovidos por los custodios de semillas, como la diversidad, la preservación de los conocimientos ancestrales, la protección de las semillas criollas y nativas, la soberanía alimentaria o la lucha contra el monopolio de las compañías farmacéuticas, son poco conocidos por los agricultores urbanos de Medellín. De 86 huerteros entrevistados, solo un 29% manifiesta conseguir las semillas de custodios de semillas, lo que significa que hay desconocimiento sobre la importancia de la labor que estos vienen desarrollando en torno a la soberanía alimentaria, o que es difícil acceder a las semillas que custodian y a los saberes que poseen. Los criterios para seleccionar las semillas suelen ser el gusto personal, la facilidad de acceso, la calidad o la economía.

Los hallazgos sobre el tema de las semillas contrastan con los relacionados con abonos y aprovechamiento de residuos. Las semillas son un tema residual, con prácticas responsables poco frecuentes y discursos estructu-

rados todavía más escasos; en cambio la producción del abono propio y la gestión de residuos orgánicos son practicadas por muchos huerteros, y su discurso trasciende la facilidad de elaborar el propio abono y se conecta con la conciencia ambiental.

Este panorama nos ha llevado desde la RHM a plantear la hipótesis de que tal vez la disparidad entre las dos prácticas se debe a las diferencias comunicacionales que existen entre sus respectivos impulsores. Los datos recogidos a partir del instrumento que construimos no son suficientes para sacar conclusiones definitivas, pero nos han permitido plantear nuestra hipótesis y trabajar en ella. De acuerdo con nuestro mapa de actores, teniendo en cuenta a los más relevantes en ambos temas, las personas y organizaciones relacionadas con gestión de residuos orgánicos tienen 64 relaciones, mientras que las organizaciones relacionadas con la defensa de las semillas tienen 16.

El bajo porcentaje de uso de agrotóxicos (5%) da cuenta de un proceso más limpio en la siembra y menores riesgos de toxicidad en las personas. Sin embargo, no se puede afirmar que exista una gran conciencia sobre los riesgos ambientales del uso de estos productos. El tipo de abono más utilizado es el compost (67%), seguido por la paca digestora (40%) —un dispositivo que permite gestionar residuos orgánicos de un modo parcialmente anaeróbico—, y el lombricultivo (37%). Todas estas técnicas nos hablan no solo de los conocimientos sobre siembra y aprovechamiento de residuos orgánicos, sino también en muchos casos de una atención por las prácticas de consumo. Esto se traduce en una mayor reflexión de los sembradores sobre un proceso completo de siembra que se preocupa por el estado de la tierra y la reutilización de los desechos, de ahí que el 83% de las huertas entrevistadas obtenga el abono de producción propia. Las huertas suelen articularse con formas de compostar para obtener abono, de modo que en algunos lugares la unidad agrícola urbana no es la huerta, sino la huerta compostera (sistema de compost, lombricompost o paca digestora).

## Conclusiones

### *Geografía política de la AU*

Esta investigación permitió concluir que la agricultura urbana no es solo, como proponen Altieri y Toledo (2011), una forma de producir alimentos reduciendo el impacto ecológico de la urbanización y la sobrepoblación, o una manera de enfrentar el Antropoceno con comunidades de aprendizaje (Bendta, Barthel y Coldinga, 2013), sino que es también una red comunicacional de acciones y discursos que conecta la ciudad, sus gentes y sus conflictos. Su potencial transformador va más allá del poder de producir alimentos: viene de la mano de transformar mentalidades y desarrollar proyectos de construcción de ciudad que solo son posibles a través de la cooperación.

Las huertas cargan con los conflictos sociales de la ciudad que habitan, de ahí que algunas de las que hablamos se relacionen con desplazamiento forzado, reinserción, memoria del conflicto, etc. En la RHM se ha planteado que las huertas son espacios multifuncionales en donde las diferentes “funciones” tienen que ver con compartir saberes relacionados o no con la siembra. A lo largo de la investigación se fue perfilando otra importante función de las huertas urbanas, asociada con la apropiación de los espacios en la ciudad: muchas veces se crean huertas para mejorar estéticamente un espacio con la esperanza de que las plantas despierten sentimientos que impidan a las personas, por ejemplo, botar basuras en el lugar. Pero hay casos aún más característicos de la vida en Medellín y sus conflictos, como las fronteras invisibles y la violencia a las que las personas deciden oponerse en ciertas zonas de la ciudad. A pesar de la fragilidad que puede representar una planta, las huertas, y especialmente las huertas comunitarias, se establecen con fuerza en el espacio y logran adquirir un valor simbólico y concreto en relación con las posibilidades del hacer colectivo. Quienes siembran nos hablan de huertas que hoy reemplazan atracaderos, lugares de tráfico de drogas o botaderos de muertos. Las huertas se convierten entonces en instrumentos políticos en donde ocupar el espacio significa oponerse a ciertas prácticas establecidas. En este sentido es posible imaginar que hay un buen camino trazado para que tomen fuerza otros temas que nos preocupan en la RHM y evidencian el poder político de la siembra.

Las huertas están íntimamente ligadas a los lugares no solo por su naturaleza, sino también porque quienes siembran encuentran en estas la posibilidad de reconectarse con sus raíces y con su pasado. A esto se suma un punto de vista desde el que se percibe al ser humano y a la tierra en conexión profunda y donde se entiende que el bienestar mutuo es necesario para su coexistencia.

El saber parece ser el bien máspreciado por todos los huerteros y es a través de él que se teje una buena parte de las relaciones. La agricultura, especialmente la que tiene un enfoque agroecológico, no requiere tantos recursos económicos para funcionar como la que está sustentada en otros enfoques que demandan más insumos externos, pero sí requiere un gran caudal de conocimiento que permita completar los ciclos de producción y reproducción de las plantas y toda la ecología asociada a ellas.

### *Prácticas de soberanía alimentaria*

La AU se puede realizar de muchas maneras, pero indudablemente hay unas prácticas comunicativas y de siembra que hacen de ella una actividad que se conecta con la vida, la justicia social y la ciudad que queremos. Sin embargo, hay otras prácticas que perjudican el medio ambiente y tienen impactos más negativos en la vida social. Desde la RHM escribimos el manifiesto “Sembrando Mundos Soberanos y Solidarios”, en el que definimos los principios y las prácticas de la AU que soñamos promover y apoyar en la ciudad, y que están articulados con la agroecología. La cooperación entre huerteros y la defensa de la soberanía alimentaria son dos de los principios que atraviesan nuestro manifiesto, los cuales se relacionan con la idea del derecho a la ciudad planteada por David Harvey (2008):

La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede separarse del tipo de personas que queremos ser, el tipo de relaciones sociales que pretendemos, las relaciones con la naturaleza que apreciamos, el estilo de vida que deseamos y los valores estéticos que respetamos. El derecho a la ciudad es por tanto mucho más que un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege;

es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos (p. 20).

La protección de las semillas es uno de los temas que encontramos más débiles; por un lado, porque entre los actores menos relacionados están todos aquellos que se articulan con la defensa de las semillas criollas y nativas, y pocas personas acuden a las redes de custodios para conseguir sus semillas, y por otro lado, porque quienes siembran tienen un discurso poco complejo alrededor del tema. Esto nos despierta gran preocupación, ya que la relación con las semillas y el discurso tanto técnico como político que acompaña su conocimiento es uno de los indicadores más relevantes para hablar de un trabajo agroecológico fuerte.

En Medellín hemos detectado dos redes de comunicación alrededor de las semillas: la Red de Guardianes de Semillas de Vida Colombia y la RECAB (Red Colombiana de Agricultura Biológica), que trabaja en articulación con la Red de Semillas Libres de Antioquia y Colombia. Desde la perspectiva de las semillas, sus proyectos están dirigidos principalmente a campesinos, indígenas y población afro. Sus redes de articulación son a nivel nacional e internacional, más que a nivel local. Además en la ciudad podemos encontrar instituciones como el Jardín Botánico de Medellín, que se preocupa por difundir el conocimiento sobre las semillas a través de eventos como el Festival de Semillas Criollas y Nativas e iniciativas como el colectivo Espora, Semillas Originarias, que trabaja por la divulgación y la comercialización de las semillas libres.

Los resultados obtenidos alrededor del tema de las semillas nos sugieren que desde el grupo base de la RHM debemos reforzar, tanto en las prácticas como en los discursos, la importancia de las semillas libres, nativas y criollas, y su relación con la soberanía alimentaria. A partir de esta constatación hemos estado realizando dos acciones concretas: comenzamos un grupo de aprendizaje sobre semillas llamado el Semillero de la UPA<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Nuestro “Semillero” se enmarca en las acciones de la UPA (Universidad Popular Ambiental) (<https://upamedellin.wordpress.com/>). Esta iniciativa surgió entre colectivos de Medellín dedicados al trabajo medioambiental. Partimos de los principios de la educación popular para hacer propuestas de aprendizaje relacionados con la protección de las semillas; el cuidado de polinizadores,

y formulamos un proyecto de investigación-acción-participación (IAP) para entender el problema y actuar en concordancia, en asocio con los colectivos y personas que trabajan el tema.

La gestión de residuos orgánicos y la producción de abonos son prácticas bastante recurrentes entre los 86 huerteros entrevistados, pues el 83% del abono es de producción propia. Aunque la conciencia política sobre los agrotóxicos y el manejo de residuos orgánicos es limitada, solo un 5% de las huertas usan fertilizantes químicos para abonar. Los dispositivos protagonistas aquí son la compostera y la paca digestora Silva. La RHM ha enfocado buena parte de sus esfuerzos a esta labor con el apoyo brindado a Guillermo Silva Pérez, desarrollador de las pacas digestoras. Un grupo de personas de la RHM ha gestionado diversos proyectos y actividades alrededor de la campaña Aprovecho el Desecho, y está impulsando cuatro técnicas de aprovechamiento de residuos orgánicos. En el Aula Ambiental de la Plaza de Mercado La América hay varios ejemplos de aprovechamiento de residuos, e incluso venden el abono que producen y hacen labor didáctica. El municipio de Medellín y su área metropolitana han dado un importante impulso a proyectos en torno al reciclaje y el manejo de residuos orgánicos. Las universidades han hecho aportes significativos, como el caso de Campus Vivo en la Universidad de Medellín; el Grupo de investigación Aliados con el Planeta y el proyecto Giro Sostenible de la Universidad de Antioquia, en donde coincide Catalina Ossa, impulsora de la paca digestora Silva; o el programa NFI Cultura Ambiental de la Universidad Eafit, que promueve el uso de las pacas digestoras en el campus universitario. Diversas empresas como EarthGreen, Vivaracha Compost o Sembramos se han dedicado a fabricar dispositivos que permiten la adecuada gestión de residuos en locaciones urbanas.

En resumen, hemos detectado que hay una buena cantidad de emprendimientos diversos relacionados con la gestión de residuos y semillas; sin embargo, el tema de las semillas, a pesar de su importancia, tiene muy poco eco en la agricultura urbana en Medellín. Por esta razón, la gestión de resi-

---

especialmente abejas; la movilidad sostenible; la alimentación; las medicinas ancestrales basadas en plantas; el consumo, y la gestión de residuos orgánicos.

duos es también protagonista en la segunda investigación que hemos propuesto. Intentaremos entender ciertas buenas prácticas de comunicación que se han realizado en este ámbito para tratar de hacerles una lectura desde las prácticas comunicativas de los impulsores de las semillas libres, nativas y criollas.

Acciones y discursos son dos asuntos que podemos distinguir en las prácticas. Los discursos conectan la AU con ideas y conocimientos más complejos como la soberanía alimentaria, la crisis civilizatoria, la crisis ambiental y climática, y con otras actividades cotidianas que se enlazan en la articulación de ciudadanía política responsable. Como RHM vemos un vacío aquí, ya que faltan discursos que respalden la adquisición de semillas a través de custodios, discursos sobre el uso de agrotóxicos y una metalectura sobre la importancia de la agrobiodiversidad y toda la ecología de saberes y prácticas que se encarna en la AU.

## Referencias bibliográficas

- Ángel, L. (13 de febrero de 2019). Comunicación personal.
- Armstrong, D. (2000). A survey of community garden in upstate New York: Implications for health promotion and community development. *Health & Place*, (6), pp. 319-327. DOI: [https://doi.org/10.1016/S1353-8292\(00\)00013-7](https://doi.org/10.1016/S1353-8292(00)00013-7)
- Altieri, M. & Toledo, V. (2011). The agroecological revolution of Latin America: rescuing nature, securing food sovereignty and empowering peasants. *The Journal of Peasant Studies*, 38(3), pp. 587-612.
- Bendta, P., Barthel, S. y Coldinga, J. (2013). Greening and environmental learning in public-access community gardens in Berlin. *Landscape and Urban Planning*, 109(1), pp.18-30.
- Botina, W. (4 de septiembre de 2018). Comunicación personal.
- Burgos, J. (4 de septiembre de 2018). Comunicación personal.
- Cantor, K. (2010). Agricultura urbana: elementos valorativos sobre su sostenibilidad. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 7(65), pp. 59-84. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11716958003>

- Casas, M., Osterweil, M. y Powell, D. (2013). Transformations in Engaged Ethnography. Knowledge, Networks and Social Movements. En J. Jurif y A. Khasnabish (Eds.), *Insurgent Encounters. Transnational Activism, Ethnography and the Political*. Duke University Press.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano: Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Harvey, D. (2008). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Leff, E. (2001). *Saber ambiental*. Vozes.
- Martín-Barbero, J. (1991). De los medios a las prácticas. En G. Orozco (Comp.), *La Comunicación desde las prácticas sociales*. Programa Institucional de Investigación en Comunicación y Prácticas Sociales.
- Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones*. Convenio Andrés Bello.
- Maturana, H. y Varela, F. (2009). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano*. Editorial Universitaria.
- Milligan, C., Gatrell, A. y Bingley, A. (2004). Cultivating health: Therapeutic landscape and older people in England. *Social Science & Medicine*, (58), pp. 1781-1793.
- Montes, R. (18 de febrero de 2019). Comunicación personal.
- Orozco, G. (1998). Las prácticas en el contexto comunicativo. *Chasqui*, (62), pp. 4-6.
- Rodríguez, Y. (13 de noviembre de 2018). Comunicación personal.
- Shiva, V. (2007). *Las nuevas guerras de la globalización: semillas, agua y formas de vida*. Editorial Popular.